

SOFRONIA,
TRAGEDIA EN UN ACTO.

A LUIS PIZARRO,
CONDE DE LAS NAVAS,
EN PRUEBA DE AMISTAD Y CORDIAL APRECIO,
DEDICA ESTE TRABAJO SU BUEN AMIGO
JOSÉ ZORRILLA.
Madrid, 8 de febrero de 1843.

NOTAS DEL AUTOR.

Hablando del emperador Majencio dice el magnífico caballero Don Pedro Mejía en su Historia imperial y cesárea: «Porque él era cruel matador y perseguidor de la gente noble «y principal de Roma, vicioso, lujurioso, adúltero, deshonesto y avariento, y sobre todo «perseguidor y disipador de la Iglesia. Finalmente, en todos sus hechos tirano, etc.»

Lorenzo Echard, en su historia de Roma desde su fundación hasta la traslación del imperio por Constantino, dice hablando del mismo emperador Majencio:

«Robaba las mugeres de los senadores y los primeros caballeros de Roma, y después «de haberlas gozado las volvía á enviar á sus maridos. Habiendo querido usar de la misma «violencia con Sofronia, muger del prefecto de Roma, la cual era cristiana, pidió aquella «muger unos momentos para adornarse, y encerrándose en su cuarto se mató: acción «animosa por cierto, mas reprehensible, aunque muy alabada de Eusebio y de Rufino. «Majencio permitía á sus soldados todo género de delitos, y cuando los arengaba, en «vez de exhortarlos á observar una exacta disciplina, les decía que se alegrasen y no «se privaran de nada que apeteciesen. Saqueaba los templos; mataba á los ricos para «tomar sus bienes; oprimía al pueblo con impuestos; y en fin, redujo la ciudad de «Roma á tal miseria, que faltaban en ella las cosas mas necesarias, porque el emperador «lo disipaba todo con sus desórdenes y prodigalidad.»

Sobre estos datos históricos he querido escribir una tragedia; ignoro si lo he conseguido, pero confieso que tal ha sido mi intento. En cuanto al carácter del emperador, me he atendido estrictamente á la historia, como creo que está á la vista. No en los de Sofronia y Publio, que han sufrido alguna alteración por motivos que espondré.

Publio era (según las historias) un hombre débil que tembló delante del emperador y casi consintió en su liviandad: Sofronia era cristiana y se suicidó, acción criminal según nuestra fé, cualesquiera que fuesen las razones que para ella encontrara: era pues necesario al interés trágico borrar esta mancha del carácter de la protagonista para que su inocencia y su virtud inspirasen clásica compasión; é hice por tanto de Sofronia una mártir, y del amor de su marido su verdugo. Con lo cual si no he dado gusto á los críticos, no podrán negarme estos señores que Publio y Sofronia me deben la bienaventuranza celestial que yo les franqueo en mi obra, y esto siempre es algo.

He reducido la acción á un solo acto por no entorpecer la sencillez del hecho histórico en que está fundada, y por no hacer dormir á los espectadores con eternos diálogos que no están dispuestos á escuchar en nuestros actuales teatros. Y finalmente, he escrito

mi tragedia en versos aconsonantados y no en romance endecasílabo por tres razones. La primera porque todo un acto en un mismo aconsonante es mas monótono é insufrible que el ruido de los mazos de un batán. La segunda porque, siendo tan fácil en nuestra lengua armoniosa el uso de los consonantes, creo á cualquier mediano versificador con facultad de usarlos. Y la tercera por mi propia voluntad y capricho, que es la que mas me satisfizo, en lo cual me parece que soy franco.

PERSONAS.

SOFRONIA.
EL EMPERADOR MAJENCIO.
PUBLIO, prefecto de Roma.

SILANO, esclavo del emperador.
SIRO, esclavo de Publio (que no habla).

Roma año de 310 de J. C.

ACTO UNICO.

Pórtico interior en el piso bajo del palacio del emperador Majencio, que da paso á las habitaciones de Publio, prefecto de Roma, y á los jardines. Puerta á la derecha que da al interior del palacio. Puerta á la izquierda que da á los aposentos de Publio y Sofronia. En el fondo una balaustrada de piedra por cuyo centro se sale á los jardines del emperador, que se estienden detrás de ella, iluminados por la luna, decorados con estatuas, fuentes, arcos, jarrones, etc., etc. A lo lejos y cerrando el cuadro la loma del monte Aventino, frente al cual estuvo construido el palacio de los Césares, en donde se supone la escena.

ESCENA PRIMERA.

AL LEVANTARSE EL TELON SOFRONIA APARECE A SOMADA A LA BALAUSTRADA, Y MIRANDO A LOS JARDINES CON ATENCION. SILANO APARECE AL QUINTO VERSO POR EL FONDO.

Sof. Vuelve: no hay medio ya; todo es inútil.

Acaben de una vez vanas excusas,
Y repela sus bárbaros antojos
De la noble virtud la fuerza ruda.
¿Quiere guerra? La habrá, desesperada.
Yo caeré acaso en tan horrenda lucha;
Mas no me da pavor, yo la provoco:
Muerta caeré, pero rendida nunca.

ESCENA II.

SOFRONIA, SILANO.

Sof. Pronto vuelves.
Sil. Da pronto y fácil paso
Puerta en esa ala del palacio oculta.
Sof. ¿Qué dice tu señor?

Sil., dándole una carta ó papiro. Lee lo que dice.

Sof., después de leer. ¿Por fuerza ó voluntad he de ser suya?

Sil. El mismo quiere de tu misma boca
Tu asentimiento oír ó tu repulsa,

Y á ti vendrá dentro de poco: piénsalo:
Su voluntad con tu interés consulta;

Pero si aprecias un consejo, cede.

Sof. ¿Quién tu opinión, esclavo, te pregunta?

Silencio, y agradece si á sus plantas
Con lengua vuelves en la boca inmundada.

Sil. ¿Esa respuesta le daré?

Sof. La misma.

Sil. Es el emperador.

Sof. ¿Lo pongo en duda?

Sil. Vas su furia á escitar.

Sof. Despeja, esclavo;

Yo desprecio su amor como su furia.

Sil. Dueño es de sus vasallos absoluto

Sof. No llega su poder mas que á la tumba.

Sil. Te la abre ante los piés tu resistencia.

Sof. Sabré en ella caer libre de culpa.

Sil. ¿Eso dices?

Sof. No mas.

Sil. Quieran los dioses

Valerte.

Sof. Vé.

Sil. Tu esclavo te saluda.

ESCENA III.

SOFRONIA.

Primero de una vez el pecho mio
Desgarren sus verdugos, y una á una

Las gotas de mi sangre derramadas
El alma arranquen de la carne impura.
No me conoce aún, si espera necio
Que á sus halagos mi virtud sucumba,
Ni el imperio, que se huye de sus manos,
Compre mi corazón, ni le seduzca.
Si las damas romanas hoy olvidan
La alta nobleza que su sangre ilustra,
Y de su emperador se hacen esclavas
Ofreciéndole viles su hermosura,
Que alguna queda de su antigua raza
Verán al menos para mengua suya;
Y alguna queda que por alto ejemplo
Sin vida caiga, mas sin honra nunca.
Mas Publio.

ESCENA IV.

SOFRONIA, PUBLIO.

Pub. ¡Aun aquí tú, Sofronia mía!
¿Mas qué pesar te asalta? Ese encendido
Color del rostro... de tu mano fría
El temblor...

Sof. ¡Tu ilusión!

Pub. No, yo he sentido
Minar mi corazón lenta y traidora
Una sospecha ruin, y harto há que veo
Que tu pecho secretos atesora
Que en vano espío y comprender deseo.

Sof. Publio, y has visto bien: honda
tristeza

Me prensa el corazón.

Pub. ¿Quién, dulce amiga,
Te la pudo causar?

Sof. Esta grandeza,
Este fausto de Roma me fatiga.
Ansio soledad, reposo anhelo;
Pluguiérame un lugar de aquí lejano
Donde mas puro se gozara el cielo,
Mas libre el aire, y el placer mas llano.
Será un capricho mugeril si quieres,
Mas á mi que te amo, esposo mio,
Tú me bastas, y el lujo y los placeres
De contento en lugar, me dan hastío.
Si tú me amas así, la pompa deja
De esta corte imperial, y los honores;
De esta continua bacanal me aleja,
Donde parecen mal castos amores.
Salgamos de esta Roma corrompida,
Y uno para otro amor, mútuo consuelo,
Dulce llevemos y envidiable vida
En mas tranquilo y retirado suelo.

Pub. No sé, Sofronia mía, qué adivino
De siniestro y fatal en tus palabras:
Me estraña ese capricho repentino;
Todo tu corazón fuerza es que me abras.
¿Qué temes, di? ¿qué dudas? ¿qué recelas?
¿Qué secreta razón ó qué manía

A Roma te hace odiar? ¿Porqué me velas
Tu recóndito mal, Sofronia mía?

Sof. Siempre, Publio, te amé.

Pub.

Lo sé.

Sof.

Por eso

Constante siempre, y respetada esposa,
Guardar supe tu honor puro é ileso
En medio de esta Roma escandalosa.
Nunca temí que el viento corrompido
Que en su recinto infame se respira
Llegara á un corazón bien defendido;
Mas esta débil esperanza espira.

Pub. Sofronia, si hasta á tí llegar osado
Pudo algun miserable libertino,
Muy mal con su razón lo ha consultado.
Nómbrale.

Sof. Es mas fatal nuestro destino,
Publio. El suelo de Roma es una sima
Que si con pronta fuga no evitamos
Nos sorberá por fin: mi aviso estima,
Y cree á mi corazón, Publio, partamos.

Pub. ¿Todo un glorioso porvenir es fuerza
Que abandonemos? Mi fortuna crece,
Nada hay que mi favor derroque ó tuerza,
Porque el emperador me favorece.

Mío es su imperio, la pesada carga
Del gobierno en mis hombros deposita,
Y á mucho acaso mi ambición se alarga,
Mucho Roma tal vez me necesita.

Te confieso en verdad que algunas veces
La licencia imperial me escandaliza:
Mas hombre soy, y mi ambición atiza
El quererte ofrecer cuanto mereces.

Sof. No pienses, Publio, en mí: yo nada
quiero:

Tú eres mi único bien: mas odio á Roma,
Y de ella pronto que me alejes quiero.

Pub. Sofronia, ahora dejarla es imposible.
¿Mi cargo renunciar cuando á sus puertas
Se acerca con ejército terrible
Constantino? Sospechas daré ciertas
De traición á Majencio, y será acaso
Mi sentencia de muerte mi renuncia.

Sof. Nuestra vida se encierra en frágil
vaso,

Publio, y cercana tempestad se anuncia.
Esta ciudad de crimen, que se aduerme
Arrullando el placer de sus señores,
Tal vez anhela en su reposo inerme
Otra estirpe mejor de emperadores.

Pub. ¡Sofronia!

Sof. Sí, la sangre y la vergüenza
El manto son en que se envuelve Roma:
¿Qué mucho pues que Constantino venza
A quien el yugo de la infamia doma?
¿Qué hace tu emperador? Pisa y viola
Cuantas leyes al pueblo dan amparo:
Su imperio airado, y sin razón, asola,

Y celebra sus vicios con descaro.
Contribuciones sin poder impuestas
En festines opiparos destruye,
Embriaga al vulgo con inmundas fiestas
Y las damas romanas prostituye.
Despierta, Publio; nada está seguro;
Un capricho imperial lo puede todo,
Y penetra el recinto mas oscuro
Su malicia infernal de cualquier modo.
Pub. Basta, Sofronia, basta; te comprendo.

Sof. Mira.

(*Dándole la carta del emperador.*)

Pub. ¡Y así me pagas mis servicios!
Y mientras yo tu imperio te defiendo
Víctima soy de tus horrendos vicios!
Claro lo veo al fin; ¡tanta privanza,
Tanto imperial favor, tanta ventura
Mi fé y mi lealtad no me la alcanza!
¡Es el precio no mas de su hermosura!
Basta, tirano, tu vileza entiendo.

Sof. Salgamos pues de Roma.

Pub. Sí, salgamos,
Mas en las sombras de la noche, huyendo,
Antes que en su poder ambos caigamos.

Tengo ¡oh Sofronia mía! felizmente
Regio poder, y una orden de mi mano
Nos franqueará las puertas libremente,
Y el furor burlaremos del tirano.

¡Oh, bien mi corazón me lo decia!
No en vano fermentaban mis recelos.
Tienes razón, huyamos, alma mía,
Y ampáren pios nuestro amor los cielos.

Sof. Publio, y que pronto sea, porque
acaso

Ya la astuta serpiente se introduce
Bajo el lecho nupcial, y un solo paso
A la infamia ó la muerte nos conduce

Pub. ¿Tienes valor?

Sof. Sí, Publio, para todo;
Todo lo renuncié por amor tuyo,
Y á cuanto me ordenares me acomodo:
«Quédate;» — y permanezco: «húyete;» —
y huyo.

Pub. Pues apréstate á huir; oro recoge
Que nos compre otra vida en otra tierra,
Y que halle el gavilán cuando se arroje
Que ya la red al colorín no encierra.

ESCENA V.

PUBLIO.

Inútil fué mi esfuerzo: inútil, vano
Mi afán en ocultarla de sus ojos;
Todo lo mina su poder tirano,
Y no tienen ya freno sus antojos.
Unico amigo en quien fiar podía,

Solo leal que por su bien velaba,
Cuanto me honraba mas, mas me vendía
Y en contra de mi honor mas conspiraba.
Siga su suerte pues, sígala solo:
No en él la sed de sangre se despierte,
Y al fin concluyan el amor y el dolo
En vil sentencia de venganza y muerte.
¿Siro?

ESCENA VI.

PUBLIO; SIRO, ESCLAVO.

Su curso al concluir la luna
Debajo de los pórticos de Vesta,
Sin que lleguen á dar sospecha alguna,
Tres caballos veloces nos apresta.
Si nos sacas de Roma serás libre:
Mis jardines te doy de Lucretilla.
Y al otro lado en viéndonos del Tíbre
Cuantos caballos deje en pos, mutila.
Parte.

ESCENA VII.

PUBLIO.

A Dios para siempre, áureo palacio,
Morada de los Césares augusta,
Alcázar imperial de cuyo espacio
Se aleja la virtud triste y adusta.
Yo riqueza y poder, gloria, esperanza
Renuncio sin pesar; y noblemente
Sin intentar sacrilega venganza
Delante del honor doblo la frente.
Eres mi emperador, yo no repelo
Tu ley augusta: mas si torpe mano
Pones en nuestro honor, huyo al tirano
Y juzgue de ambos la razón el cielo.
(*El emperador Majencio se acerca por el
fondo de los jardines.*)

Mas él se acerca; rondador taimado
Del ajeno tesoro, astuto emboza
Con velo de amistad el preparado
Dardo traidor que en aprestar se goza.

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR, PUBLIO.

Emp. Publio.

Pub. Salud, emperador Augusto.
Tan escelso favor mi orgullo colma.
¡Vos mismo descender á mi morada!
Emp. Sin duda, Publio, que descienda
importa.

Graves cuidados sin cesar me abruma,
Graves temores sin cesar me acosan:
Y echar sobre tus hombros necesito
Este peso molesto que me enoja.

Pub. Mandad, señor.

Emp. ¿Qué, Publio, me valiera
Del grande imperio la soberbia pompa,
Si yo mismo tuviera que ocuparme
En cuidar de mi imperio y mi corona?
Las dignidades vuestras, si eso hiciere,
Inútiles al fin me fueran todas,
Y en lugar del señor, fuera el esclavo
Quien el sacro laurel ceñirse logra.
Yo lo entiendo mejor; lidien mis Césares,
Defendan mis pretores las remotas
Fronteras del imperio, mas en tanto
Dulce tranquilidad disfrute Roma.
De las fiestas de Flora y Baco quiero
Renovar las antiguas ceremonias;
Quiero que el vulgo se divierta y goce,
Y el árbol del placer nos preste sombra.
Francos los alnacenes imperiales
Para el pueblo romano desde ahora,
De Italia y Grecia los antiguos vinos
Para la alegre muchedumbre corran.
Salgan audaces las bacantes, salgan
De sus templos las vírgenes hermosas,
Y dancen en las fiestas Lupercales
Las esclavas á par con las matronas.
Mi imperio es de deleites y de dichas,
El tiempo es breve y la existencia corta:
Quiero que el pueblo por placeres solo
Cuenta no mas de mi reinar las horas.
Pub. Señor, estando en rebelion dó quiera
Las provincias lejanas...

Emp. ¡Me acongoja
Que me hablen de provincias y de pueblos
Que se rebelan! Publio, ¿qué me importa
Que vayan mis provincias á otras manos
De las mías pasando unas tras otras?
Capaz de mil imperios es la tierra;
Lógrelas pues quien mas las ambiciona.
Cámbiese al fin cada provincia en uno
Como el imperio mio sea Roma.
Me canso de escuchar reconvenções,
Prefecto; mi paciencia se desborda,
Y hacer un escarmiento determino
Que muestre mi justicia vengadora.
Pub. Hablad.

Emp. Sabes que en Roma hay una raza
Que de severa rectitud blasona,
Y que á todo se atreve y falta á todo
Culpando á nuestra edad de impia y loca.
Pub. Los cristianos, señor.

Emp. Sí, los cristianos,
Que inculcan su creencia mentirosa
En las pueriles almas de los crédulos
Y al cielo ofenden y á la ley provocan.
Ante las mismas puertas del palacio
Con estraña osadía escandalosa
Han fijado pasquines esta noche
Muerte á mi estirpe amenazando pronta.
Bárbaro llaman al romano pueblo,

Y de sus dioses de metal se moñan,
Y con el signo de la cruz infame
Sus pasquines sacrilegos coronan.
Pues bien, quiero mostrarles lo que puede
Mi raza noble aun á extinguirse próxima,
Quiero que sacrifiquen ó que mueran:
Perjuros han de ser, ó muertos. Toma,
(*Dale pliegos.*)

Publio; á cumplir dispoñte mis decretos:
De ellos no ha de quedar rastro ni sombra;
Ocho veces han sido exterminados,
En mi reinado pues será la nona.
Sus cabezas pondré por los caminos,
Con sus pieles haré curtir alfombras,
Y espondré sus mugeres en los circos
Por diversion y escándalo de Roma.

Pub. Mirad...

Emp. No miro nada; al punto, Publio,
Mi voluntad publica; todos oigan
Su dicha ó su sentencia, y que comiencen
Su esterminio y mis fiestas con la aurora.

Pub. Señor...

Emp. Silencio: sin cumplir mis órdenes
¡Ay de tu vida si á palacio tornas!
Pub. (Tirano astuto, tu intencion com-
prendo;

Lejos me quieres, mis estancias solas
Porque el triunfo mas fácil te figuras;
Mas ¡ay de entrambos si mi saña enconas!)

ESCENA IX.

EL EMPERADOR, SILANO.

Emp. ¿Silano? (*Sale Silano.*)

A ese hombre por dó quier se espie:
Lleva en su corazon sospecha sorda,
Y de todo es capaz su ánimo osado
A impulso de los zelos que le ahogan.

Sil. Bien espiado está: ni una palabra,
Ni una accion, ni la idea mas recóndita
Se escapará á los linceos que le cercan.

Emp. Intentará tal vez...

Sil. Su esclavo ahora
Dispone sus caballos mas veloces,
Y á favor de la noche protectora
Partiendo de los pórticos de Vesta
Saldrán de la ciudad el y Sofronia.

Emp. ¿Es pues Silano, el disimulo inútil?
¿Inútil mi templanza generosa?

¿Fuerza será que de una vez anuncie
Mi imperial voluntad?

Sil. Su misma boca
Le reveló el secreto, y ella misma
Le entregó vuestra carta; nada ignora.

Emp. Tórñese pues en ley este capricho:
Todas las vallas de amor se rompan,
Y aprendan de una vez que á los esclavos

postrarse ante el señor les toca.
ese Publio me cansa la justicia,
rectitud estúpida me enoja,
no quiero escucharle los consejos
on que el placer me amengua ó me le es-
torba.

Juez le nombro de hoy mas de los cristianos,
Procónsul va de mis provincias todas
A esterminar en todas á esa raza
Que de un suplicio vil el signo adora.
Así le mantendré de Roma lejos,
Y de mi mismo así gozaré en Roma.
Mis antojos son ley: todos la acaten:
Derecho es este que mi sangre goza.
Cuida de que se cumplan mis mandatos,
Que arda mi imperio en fiestas ostentosas;
Y esa fiera beldad aquí conducícame,
Silano, y estas salas abandona.

Sil. Halagadla, señor, que es muy altiva,
Y á los amagos su cerviz no dobla.

Emp. La amo como jamás amé á nin-
guna,

Pero si nada mi cariño logra,
Soy el emperador, y á fuerza ó ruego
Todo ante el sacro emperador se postra.

ESCENA X.

EL EMPERADOR.

Lejos de mí la máscara: parezca
Tal cual es la pasion que me devora,
Y caiga de una vez en poder mio
De esa beldad la apetecida joya.

ESCENA XI.

EL EMPERADOR, SOFRONIA.

(*Silano, que la conduce, se aleja por el
fondo dejándola en escena.*)

Emp. (Héla aqui: su beldad admiro
mudo.)

Salve, ¡oh Sofronia!

Sof. Augusto, yo os saludo.

Emp. Deja, deja la grave ceremonia
Y humilde tono para el vulgo rudo.
Tu esclavo soy no mas: manda, ¡oh Sofronia!

Sof. Escusadme, señor, frases molestas
De galanteos para mí perdidos,
Que ni en mis labios hallarán respuestas,
Ni hallarán atencion en mis oidos.

Emp. Ya sé que mis ofertas rehusando
Mis amorosas cartas no leiste;
Y ya sé que mi enojo despreciando
A mi esclavo tenaz «nunca» dijiste.
Mas tu ostinada resistencia entiendo:
Conoces lo que vale tu hermosura

Y á mis ojos la estás encareciendo.
Bien haces, ¡oh celeste criatura!
Mas haste ya de tu rigor injusto,
Bañe tu faz, bellissima sirena,
En vez del ceño que la entolda adusto,
Sonrisa de placer dulce y serena.

¿De qué te sirve ¡oh ninfa encantadora!
Tu ardiente corazon y tu hermo-ura,
Si te se va la vida hora tras hora
En calma triste y soledad oscura?
Otra existencia de placer te brinda
Mi poder y mi amor: deja que al cabo
El tuyo, hermosa, á mi pasion se rinda;
Déjame que á tus piés espire esclavo.

Sof. Señor, mi corazon mentir no sabe:
No os amó nunca; y vuestro impuro halago
Imposible ha de ser que de él recabe
Un solo impulso del amor mas vago.
Vos lo veis: encerrada eternamente
De mi cámara oculta en el retiro,
Se desliza mi vida dulcemente
Sin que el placer de esta ciudad demente
Me arranque al corazon solo un suspiro.
Noble, rica, envidiada y bien querida,
Podria yo llevar si me pluguiera
Inquieta, alegre y dispada vida,
Como vos lo llevais y Roma entera,
Y asi dejando vuestra ley cumplida
Atachármela nadie se atreviera:
Mas yo sé bien lo que á mi honor le debo
Y vida tal porque me importa llevo.

Emp. La llevas, pobre tórtola enjaulada,
La llevas porque nunca has sospechado
Que tras los muros de que estás cercada
Otra vida hay mejor que no has gozado.

¿Sabes tal vez cuán plácidas las horas
Se van fuera de este ámbito sombrio?
¿Sabes tú cuántas fiestas seductoras,
Cuánto en delicias hierve encantadoras

Esa ancha Roma del imperio mio?
Un imperio de dicha y bienandanza
Donde el único fin es la ventura,
Un imperio de amor donde no lanza

Su rayo el duelo, y el pesar no alcanza,
Y donde reina libre la hermosura.
Pues bien, del universo soberano
No hay nada que á mi antojo se resista;
Ese imperio feliz está en mi mano,
Yo le pongo á tus piés, es tu conquista.

Sof. Apartaos, señor, ved que me ofende
De vuestra loca audacia la grandeza:
Si la hermosura ó el amor se vende,
No se ha vendido nunca la nobleza.

Emp. Oyeme y ve la asoladora llama
Que tú en mi corazon has encendido,
Fuego que mas tu resistencia inflama
Y á odiar me arrastra cuanto tú no ha
Una sola muger no hubo en mi im-

A quien yo no llamara esclava mía,
Nunca embozó mi amor vano misterio,
Y mandaba mi amor, no se rendía.
Mas no así al tuyo el corazón se atreve,
Que cuanto te ama más, más se recela,
Y más conoce que arrastrarse debe
Ante los sacros pies del bien que anhela.
Rendido está: más tiéndele una mano,
Y tu planta en pos del tiende á mi trono.
Reina, y si sirve de mi fé en abono
O halaga tu capricho soberano,
Mándalo, y á tu voz polvo liviano
Será esa Roma que escitó tu encono:
El orbe entero se hundirá conmigo
Si una sonrisa de amor consigo.

Sof. Basta, señor, que me afrentais.
Emp. ¡Sofronia!
Sof. Ya sé que vuestro imperio abominable
Averguenza á la misma Babilonia
Por vuestro ejemplo torpe y execrable.
Ya sé que en Roma sin pudor, ni freno,
No hay más Dios que el placer, más ley que
el gusto;
Cuanto os halaga á vos se da por bueno,
Cuanto lleva al placer se da por justo.
Ya sé que al pueblo manteneis esclavo
Con la embriaguez del vino y la licencia
Sin que haya un corazón que sepa bravo
Acotar vuestra bárbara impudencia:
Sé que fiestas infames se instituyen;
Leyes que la hermosura os esclavizan
Y á las nobles matronas prostituyen,
Y los vicios y el crimen divinizan.
Mas no llega hasta mí su aliento impuro;
En mí se estrella vuestra ley tirana,
Que aquí en mi pecho tras de noble muro
Entera vive la virtud romana.
¿A mis plantas poneis vuestra corona,
Emperador Augusto? Yo la piso;
Sepa Roma que aun guarda una matrona
Que la tuvo á sus pies y no la quiso.

Emp. En fiera saña tu soberbia loca
Encendiera mi pecho, si pudieran
Palabras que han salido de tu boca
Producir más que amor. En mí no alteran
El que yo te consagro, que esta llama
Que un ánima vulgar sofocaría
Con tu frío desden crece en la mía.
Viento es tu voz que su volcan inflama:
Yo te adoro, Sofronia: más escucha,
Que aunque este amor no atajarán tus bríos
De él me cercenan indulgencia mucha,
Y van al fin á despertar los míos.
Mi capricho es mi ley; de hierro ó de oro
Bajo mi cetro estás: de ambos elige.
Sof. Estoy en vuestras manos, no lo ignoro;

Más prefiero la muerte, ya os lo dije.
Emp. ¡Muerte! veamos pues. ¿Fé ni ternura
No bastan á rendirte á mis anhelos?
Derroque pues la fuerza tu bravura:
Todo ceda á mi amor.

Sof. ¡Valedme, cielos!
(*El emperador se lanza hácia Sofronia.
Esta la huye; y en tal punto se presenta
Silano por la derecha.*)

ESCENA XII.

EL EMPERADOR, SOFRONIA; SILANO,
APRESURADO Y DE REPENTE.

Sil. Señor...
Emp. ¿Quién osa sin licencia mía
Hasta aquí penetrar?
Sil. Perdon, Augusto,
Pero así mi deber lo requería.
Emp. ¿Qué pasa, pues?
Sil. De vuestro edicto justo
Al oír la sentencia los cristianos,
En tumultuosa sedición, rompieron
Vuestras estatuas con airadas manos.
Emp. Y mis guardias ¡por Hércules! ¿qué
hicieron?
Sil. Dieron, señor, sobre ellos; pero Roma
Arde en nocturna lid, y este tumulto
Por todas partes incremento toma.
Emp. Su sangre toda lavará este insulto.
Al punto salga, sin piedad, Silano,
Numerosa cohorte pretoriana:
No quede de esa turba ni un villano.
Te sigo: y oye tú, fiera romana.
Concluye para todos mi indulgencia:
Mi imperial voluntad manda, no pide.
Publio parte de Roma, es tu sentencia:
Un día os doy, que de los dos decide.
Mas cómo ha de acabar pesa y entiende:
Mañana mismo al espirar el día
Si aun tu arrogancia resistir pretende,
El cadáver será, tú esclava mía.

Sof. ¡Esclava tuya quien en Roma nace,
Tirano usurpador!
Emp. Así me place:
De Baco y Flora en el alegre templo
Tú la primera libación mañana
Conmigo harás y servirás de ejemplo
A la alegría y bacanal romana.
Salvas á Publio así, y eso te abona:
Escoge pues, la infamia ó la corona.
Sof. Antes morir mil veces, vil tirano.
Emp. Medítalo mejor: vamos, Silano.

ESCENA XIII.

SOFRONIA.

Se turbó mi razón: convulsa, ardiente
Al corazón la sangre se me agolpa,
Y la altivez, la indignación y el miedo
Mi fé extravían, mi valor agotan.
« El cadáver será, tú esclava mía: »
Dijo... ¡ Sentencia bárbara y diabólica,
Que con la infamia de la esposa amante
La infame vida del esposo compra!
¡ Publio! ¡ mi bien...! ¿ te salvaré vendien-
dote?
¿ Yo vida te he de dar á tanta costa?
Jamás. Llama, tirano, á tus verdugos,
Nuestra sangre leal mezclada corra:
Con indeleble mancha al derramarse
Salpicará tu rostro cada gota.
Muramos, si... ¡ Mas ay! sueño, deliro,
¡ Que antes del vulgo vil nos hará mofa!
Porque ¿ qué de virtud ni gloria entiende
Esta generación torpe é hipócrita,
Ni esta ciudad envilecida y ebria
Con el placer de sus inmundas orgías?
¡ Evohé! gritarán: nuevo espectáculo
Será para ellos la virtud heroica,
Y al tigre azuzarán con sus aullidos
A consumir su crimen. ¡ Espantosa
Perspectiva, mas cierta! Si, lo veo,
Esos romanos nobles que ambicionan
El poder, hechos perros de sus príncipes,
Mañana en una fiesta escandalosa
Le cercarán, y de su boca misma
Escucharán mi desdichada historia;
Y le dirán: « Teneis razón, Augusto,
Es vuestra esclava, vuestro amor la honra;
Rendida caiga y de escarmiento sirva... »
Y ebrio él me hará llevar, y allí angustiada
Yo lloraré á sus plantas arrastrándome
Del solio hollado en la manchada alfombra,
Mientras cantan su triunfo y mi ignominia
Al són alegre de las anchas copas.
Ese es el porvenir que me preparan:
Sí, que á todo los Césares se arrojan,
Todo su cetro lo atropella, todo
A su absoluta autoridad se postra,
Y á par con ellos la embriaguez del crimen
En su vaso imperial apura Roma.
¡ Miserable de mí! de fuerza ó grado
En sus brazos caeré, sin que me acorran,
Porque en un pueblo que su honor olvida
Fé y virtud y valor están de sobra.
Caeré... y el triste Publio deshonrado,
Blanco inocente de su injusta cólera,
Errante, perseguido, esclavo, muerto...
¡ Déjame, aparta, pesadilla odiosa!
Tentación infernal, ¡ hújeme, déjame!

Que á vacilar mi fé siento muy próxima.
Para tan grande prueba ¡ oh cielo santo!
Virtud me distes en verdad muy poca,
Pues aun vacila el corazón de tierra
Y el alma imbécil su deber ignora.
(*Pausa: transición repentina: completo
trastorno de ideas.*)
No cederé jamás: muerta primero.
Mas si él se salva cederé gustosa:
La fé... el amor... su muerte... mi igno-
minia...
No puedo más... deliro: me acongoja
Este tropel de ideas... mi cerebro,
Mi corazón, mis ojos... todo es sombra.
¡ Paso, verdugos, paso! ¡ Publio, sálvate!
Ya estoy aquí... sacrificadme... sola.
(*Cae desfallecida.*)

ESCENA XIV.

SOFRONIA, PUBLIO.

Pub. Llego al fin: allí está: ¡ Sofronia,
esposa!
Pero ¡ ay de mí! ¿ qué es esto? ¿ qué afren-
tosa
Sospecha infunde en mi tanto silencio?
¡ Sofronia!
Sof. ¡ Atrás, verdugos de Majencio,
Atrás!
Pub. Sueña tal vez. ¡ Sofronia!
Sof. ¡ Cielos!
¿ Quién me nombra? Esa voz...
Pub. ¡ Sofronia mía!
Sof. ¡ Publio!
Pub. Yo soy.
Sof. ¡ Tú colmas mis anhelos,
Cielo santo! Perdido te creía.
Pub. Y perdidos los dos sin duda estamos.
Sof. No, pues unidos otra vez nos vemos,
Y sin mancilla aún nos conservamos.
Pub. ¿ Qué, el César...?
Sof. Juntos ya, no le tememos.
Mas pasa el tiempo, Publio: los instantes
Preciosos son. ¿ Y Siro, el fiel esclavo?
Pub. ¿ Siro? De entre sus labios espi-
rantes
El ay postrero de escucharle acabo.
Sof. ¡ Cómo!
Pub. Es un caso horrendo.
Sof. Habla.
Pub. Escucha.
Hoy el emperador con nuevo edicto
De Roma los cristianos ha proscripto
Sof. ¡ A los cristianos!
Pub. Sí; mas gente mucha
Cuenta esa raza, que aunque ayer nacida,
Y ocho veces en Roma esterminada,

Pub. ¡Deshonor tan infame!
Emp. Si; y tú atado,
 En medio de la arena bajo un yugo
 Su vergüenza verás.
Pub. Antes, malvado,
 Sea mi propio brazo su verdugo.
 (La hiera con su puñal.)
Emp. ¡Villano!
Sof., cayendo. Publio, bien.
 (Al emperador.)
 Nada tu encoro
 Puede ya contra mí: con honra muero.
 (A Publio.)
 Publio, recibe tú mi á Dios postrero.

(Al emperador, y haciendo el último
 esfuerzo.)
 Augusto emperador, yo te perdono.
Emp. ¡Qué has hecho, miserable! me
 horrorizas.
 ¡Quitádmeme de aquí! Llévadle al fuego,
 Y esparcid por el viento sus cenizas.
Pub. Yo me espanto también; llevádmeme
 luego.
 Impulso fué del corazón pagano,
 Mas fué el impulso de su misma estrella
 Que me arrastra á mi bien. Pueblo romano,
 Quiero partir mi eternidad con ella.
 Yo á las fieras también... Yo soy cristiano.

LA OLIVA Y EL LAUREL,

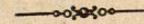
ALEGORIA

ESCRITA PARA LAS FIESTAS

DE LA

PROCLAMACION DE S. M.

LA REINA DOÑA ISABEL II.



PERSONAS.

EL GENIO DE LA GUERRA, gallardo man-
 cado armado.
 EL GENIO DE LA PAZ, noble matrona,
 vestida de blanco, coronada de oliva.
 LA BUENA FÉ, representada en un rús-
 tico y honrado labrador.
 EL TIEMPO, viejo.

EGO, ninfa juguetona y parlera, vestida
 al capricho.
 GENIOS SUDITOS DE LA GUERRA, COMO
 LA PESTE, LA AMBICION, EL HAMBRE,
 ETC., ETC.
 ATRIBUTOS Y GENIOS DE LA PAZ, COMO EL
 AMOR, LA AMISTAD, LAS ARTES, ETC., ETC.

ACTO UNICO.

Mansion horrible en el alcázar del genio de la Guerra,
 representada por una gruta ó antro en el centro de
 una montaña, con toda la agreste belleza de que
 es susceptible semejante cuadro. En medio un ro-
 busto y frondoso laurel. En el fondo, á cierta ele-
 vacion, un lecho rústico en que se ve dormido al
 Tiempo, con sus mitológicos atributos. Trofeos de
 armas de todas clases, antiguas y modernas, se
 verán esparcidos por la escena, con cuantos mue-
 bles quieran ponerse alegóricos de la guerra.

ESCENA PRIMERA.

OYESE RUIDO DENTRO DE ARMAS Y VOCES, Y
 SALEN VARIOS GENIOS SUDITOS DEL DE LA
 GUERRA, ARRASTRANDO A LA PAZ AL
 LAUREL EN QUE LA MANIATAN.

El genio de la Paz. ¡Mónstruos! ¿asi se
 ultraja á una matrona?
 ¿Asi me trata vuestro rey?
Los genios de la Guerra. Asi.
El genio de la Paz. ¿Nadie mi causa
 compasivo abona?

Los genios de la Guerra. Nadie.
El genio de la Paz. ¿Y cautiva seré
 siempre?
Los genios de la Guerra. Sí.
 (La dejan atada, y se apartan al fondo del
 escenario.)
El genio de la Paz. ¡Misera tierra! de
 ominoso luto

Tu faz envuelve en funerales tocas,
 Y de jugo vital tu suelo enjuto,
 En grietas hiende, cuyas anchas bocas
 La sangre chupen de las lides fruto.
 Fuentes de sangre manarán tus rocas,
 Y tus verdes encinas corpulentas,
 Hojas y ramas brotarán sangrientas.
 Las brisas que otro tiempo perfumadas
 Sonaron por tus bosques y jardines,
 De sangriento vapor vendrán preñadas,
 Arrastrando el clamor de los clarines:
 Y en vez de tus silvestres enramadas
 De espesas madre selvas y jazmines,
 Verás pudrirse entre tus secos guijos
 Los desgarrados miembros de tus hijos.
 ¡Misera tierra! la guerrera trompa
 Atronará tus ámbitos sangrientos;